11 (444-17)

Cuadernos Internacionales

Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 9

LAS MASAS Y LA POLITICA

POR

LUCIEN ROMIER

BIBLIOTECA NACIONAL CHILENA

Carlos Marx

R. WILBRANDT

Precio: 60 Centavos

CUADERNOS INTERNACIONALES
Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 9

LAS MASAS Y LA POLITICA

POR

LUCIEN ROMIER

BIBLIOTECA CENTRAL

16 de Octubre de 1931

Próximo Número

CUADERNO N.º 10

El Nuevo Estado y la Edificación Económica Rusa

POR

J. STALIN

Es un exordio del Presidente de la R. R. S. S., pronunciado el 23 de Junio 1931, a los directores de las Empresas Industriales que realizan el Plan Quinquenal.

Es un documento trascendental, auto crítica al proceso de construcción industrial, que muestra las variantes y sus perspectivas, de ese grandioso ensayo hacia una Sociedad Futura —

LAS MASAS Y LA POLITICA

Por LUCIEN ROMIER.

EL FENOMENO DE LAS MASAS

La evolución de las sociedades humanas sufre más y más el predominio de las masas. Las antiguas sociedades eran jerárquicas. Las sociedades contemporáneas se alejan poco a poco de las jerarquías preestablecidas para ir hacia un tipo donde todos los hombres, siendo considerados como rodajes y todos los rodajes siendo utilizados como indispensables, **desaparece la igualdad de los valores sociales, sólo queda una dependencia orgánica de servicios mutuos. Es lo que se interpreta groseramente al decir que el mundo se hace igualitario.** Así, el ingeniero y el obrero son indispensables el uno al otro, y, por consiguiente, **in abstracto,** iguales, como el campesino es indispensable al comerciante... El principio social de autoridad cede a la noción inmediata de utilidad: cada uno se estima igual a los otros desde el momento que tienen necesidad de él o él tiene necesidad de ellos: superior, desde el momento que no los necesita y ellos tienen necesidad de él. El equilibrio económico de la oferta y la demanda se confunde con el equilibrio social.

Pero este equilibrio deja de fundarse solamente sobre las relaciones de individuo a individuo. A medida que progresa la especialización de las actividades, del conocimiento y aún del pensamiento, cada individuo está agregado a un grupo de intereses solidarios. Los grupos de intereses solidarios forman masas económicas cuya amplitud puede variar, de la ciudad al continente, del continente al mundo. Alrededor de la fabricación del queso de Roquefort se ha constituído una masa económica que se extiende de los pastores del Cáucaso o de Córcega a los comisionistas de Nueva York. como alrededor de la explotación y la venta del petróleo se ha constituído otra masa económica cuya acción se ejerce en América, Europa y Asia... Es en el interior de las masas

primero, después en sus relaciones entre ellas que se funda el nuevo equilibrio de sociedades.

El fenómeno de las masas es mucho más complejo y sigue un desenvolvimiento más irresistible que lo que uno se lo imaginaría después de una mirada superficial.

No es solamente un hecho de agregación, sino de solidaridad. Incluye también fenómenos de crecimiento y de multiplicación. Es decir que, reunidos alrededor de una riqueza nueva, de la explotación de un nuevo procedimiento, de una corriente nueva de circulación los hombres han sido compelidos primero por el apetito de gano, después por el temor de la concurrencia a agruparse en haces solidarios; los beneficios de esta solidaridad, no solamente han atraído a otros hombres, sino que han hecho nacer niños innumerables que no habrían nacido sin eso. Así, en 100 años, la población del mundo se ha duplicado, la de Europa triplicado, la de la América del Norte se ha multiplicado veinte, treinta o cuarenta veces. Esta humanidad nueva, creada por las riquezas nuevas, vive en masas y no puede vivir sino en las masas. Si se suprime uno de los hechos que sostienen la mesa, si se suprime la riqueza que está en explotación, la agregación o la solidaridad de los individuos que la explotan, si desparece el mercado o el beneficio de las actividades solidarias, todo se revienta, la masa se disgrega, el excederte de hombres muere, los niños que debían nacer no nacen.

Hay centenas de millones de individuos cuya presencia sobre la tierra no se justifica ni puede mantenerse sino en la medida en que están agregados solidariamente a la potencia y a la utilidad de una masa económica. Es por eso que el instinto vital de la inmensa mayoría de los hombres los empuja al desenvolvimiento de la existencia en masa. Es también por lo que es imposible conseguir el éxito o el mantenimiento prolongado de formas de civilización que no satisfagan las necesidades esenciales de las masas en tanto que masas.

*
* *

Cada masa constituye un todo en sus relaciones con las otras, en las condiciones de existencia de sus miembros, en su progreso y decadencia. Ante las repercusiones que puede tener sobre la suerte de todos los participante la decadencia de la industria hullera, o de la industria algodonera, ¿qué es

cundarias aparecen las querellas de patrón a obrero, de sindicato a sindicato, de productor a transformador, de industrial a comerciante!

Si la masa, considerada como un sistema orgánico de medios de existencia, domina las agitaciones individuales y colectivas, estas mismas agitaciones no tienen alcance profundo sino en la medida en que ellas modifican la constitución de la masa económica o sus relaciones con el exterior.

La revolución alemana, al día siguiente de la guerra, no tuvo ningún efecto durable, porque no cambió nada en las fuerzas económicas que han provocado el desenvolvimiento de la población alemana, al sostener su existencia y al fijar la repartición de la riqueza. Por el contrario, la revolución rusa fué para los rusos y para el mundo entero un hecho de un alcance inmenso, desde el momento que ella destruyó los medios de trabajo en el Oriente europeo. Naturalmente que esto tenía que producir el hambre a millones de sobrevivientes de masas económicas quebradas o dispersas...

La mayor parte de los hombres dependen de una solidaridad económica no solamente por su trabajo y bienestar físico, sino que también, en una medida que varía según la educación de la persona, por sus costumbres. Una crisis de cesantía, hace más prostitutas que la propaganda del vicio. Tal tipo de aglomeración industrial crea relaciones que determinarán, a su vez, tales hábitos morales, tales inclinaciones políticas, tales gustos, tales preferencias en cuanto al placer, de donde resultarán, a la larga, determinadas herencias.

Porque ninguno de sus elementos es, en realidad, independiente de los otros, capaz de eludir la preción colectiva o de sustraerse a los accidentes comunes, la masa económica sufre, mucho más que el ciudadano de antes, el arrastre de las leyes físicas. No es suficiente predicar las "colectividades" para que conserven su equilibrio social e impedir que se choquen entre sí. Es necesario asegurar primero una cierta armonía en sus condiciones y relaciones naturales. Por un juego de reflejos sucesivos que tendrán sus causas en un desequilibrio material, tal colectividad se encontrará en guerra con sus vecinas, otra arruinará en su seno la institución familiar, sin que la colectividad ni los individuos se formen una conciencia precisa de la evolución que los ha impelido. En nuestro tiempo no hay pueblo que se crea el autor responsable de una guerra, porque no hay pueblo que, al hacer la guerra, no se haya sentido impulsado por fatalidades materiales. De

la misma manera, el pueblo de los Estados Unidos, el más moralista de la tierra, tiende inconscientemente a destruir en él las bases de la familia por el simple exceso de preocupaciones mercantiles.

La paz, la existencia humana y el progreso están sometidos hoy día, no solamente al libre arbitrio de las personas, sino a verdaderas leyes de física colectiva.

Para que el equilibrio subsista entre las aspiraciones inmediatas de los hombres, es indispensable que cada masa económica sea proporcionada al territorio y a los recursos que ella explota. Las guerras tienen casi siempre por causa profunda un fenómeno de super-población.

Es necesario que la masa crezca o disminuya progresivamente. El desenvolvimiento demasiado brusco de una industria o su detención brutal causa flujos y reflujos violentos de población, alzas y caídas de niveles de existencia, a las que no resisten las disciplinas tradicionales y que provocan como torbellinos sociales. Para cada estado hay acostumbramiento individual y colectivo. La estabilidad moral, política y social del pueblo es mucho más estable en las viejas regiones industriales que en las nuevas. El único país en donde se encuentran obreros francamente conservadores, es el país del tipo industrial más viejo, la Inglaterra

Es necesario que la masa no sea exclusiva, que deje perdurar alrededor de ella probabilidades de trabajo o posibilidades de vida diferente; que admita, de ella a las otras, relaciones regulares de cambio, a fin de que los vacíos y excedentes sean compensados por un movimiento natural y no por la violencia. Aquí nos chocamos con dos excesos: el exceso de proteccionismo, que hace que los grupos económicos, para resguardarse de la concurrencia, lleguen a asfixiarse a sí mismos; el exceso de especialización de los oficios, que coloca al obrero en la dependencia, no ya de un ciclo de trabajo, sino una forma de instrumento de trabajo. Todo hombre debería tener dos oficios, ganaría en valor aún para su oficio principal...

*
* *

Pero la física de las masas, no comprende solamente el equilibrio de sus condiciones y relaciones materiales. Comprende también el equilibrio de las voluntades asociadas. Por este camino entramos en el dominio de la educación. Es necesario que en cada masa las voluntades sean coherentes

tes, dirigidas hacia un mismo objeto, comprendido y buscado en común. A este respecto, las masas económicas de los Estados Unidos son superiores a las de los otros países, porque las masas americanas reciben una educación que se inspira en dos ideas conjuntas: "de servicio" y de "eficiencia". Al contrario, las masas latinas son educadas en el espíritu de la crítica individual y de las disputas de principios; para ellas, el resultado de las acciones parece menos importante que la razón de obrar.

Es necesario, en fin, que todas las masas, a pesar de su constitución puramente material, acepten un ideal de civilización, sin el cual rodarían las unas sobre las otras y se entrechocarían al azar. Sin duda que cálculos de intereses o de riesgo a largo plazo pueden servirles de freno; pero el empirismo desordenado de los apetitos y de las fuerzas en lucha, no es en verdad moderado sino por la conciencia de un ideal común que respetar.

LAS FORMAS POLITICAS ESTAN DETERMINADAS

La política está fundada en principios. Pero enseña la historia, en esta materia, que los principios se derivan de los hechos o se pliegan a ellos fatalmente. Por definición, se trata de un arte práctico, que necesita subordinarse a las circunstancias y a las necesidades concretas.

Las naciones oscilan, en política, entre el principio de autoridad y el principio de libertad. El principio de autoridad justifica la monarquía y la dictadura: la monarquía, régimen de autoridad regular, consagrada y hereditaria; la dictadura, régimen de crisis, donde la autoridad interviene como un remedio violento, que el organismo soportaría más o menos largo tiempo. El principio de libertad cubre formas diversas de gobierno: la monarquía constitucional, que sirve de cuadro permanente al parlamentarismo; la república simple, liberal en materias de ideas y conservadora en materias sociales, la república democrática, más igualitaria que liberal. De la república se va al socialismo . . . A veces, cuando el ciclo termina, se vuelve a comenzar.

Acerca de esto, desde los tiempos más antiguos existen debates doctrinarios y conflictos de pasiones, que arrastran o sobreexcitan los intereses de los individuos y de los grupos, —todo para servir de pretexto al "juego" de los partidos. En la práctica existe cierto ritmo cuyo movimiento corres-

ponde a tal o cual orden de circunstancias.

Se acostumbra decir que el régimen monárquico está en relación con el período de formación y crecimiento de los Estados. Así las Potencias europeas tuvieron durante algún tiempo, como principal preocupación, elegir reyes para los Estados balcánicos que acababan de nacer y cuyos pueblos tenían la reputación de no poder gobernarse por sí mismos. Pero el "fenómeno" monárquico es mucho más vasto. Después de cada período de caos social, cuando los hombres quieren restablecer el orden, recurren fatalmente a las formas gubernamentales de autoridad. Jamás un pueblo pasa de la demagogia al liberalismo. Para salir del desorden, se encamina hacia la monarquía o la dictadura. Sin embargo, no es por su advenimiento, sino por su duración que las monarquías construyen grandes Estados. Su advenimiento no representa sino una reacción del orden social. Su duración produce, además de efectos sociales, efectos políticos de continuidad y de previsión en la concurrencia de los pueblos. **Lo difícil para los regímenes de autoridad, es una vez restablecido el orden, sustituir al prestigio que les confería su utilidad social un prestigio político.** Cuando resuelven esto último, duran más o menos largo tiempo, pocos años o siglos, según la fidelidad de sus ejércitos y la sabiduría de sus consejeros, es decir, de la aristocracia que forman o mantienen.

La dictadura es un régimen de autoridad que no ha salido todavía de la primera fase, de la fase del restablecimiento del orden y del remedio de las necesidades urgentes. De donde la tendencia de los dictadores, una vez restablecido el orden, de crear nuevas necesidades, algunas veces guerras exteriores. Desde que las dictaduras se abandonan a esta tendencia, están condenadas, porque concluyen siempre por hacer renacer el desorden que habían sofocado.

Una vez establecido que la monarquía y la dictadura son reacciones clásicas contra el desorden, se prevé fácilmente, por ejemplo, cómo evolucionarán las formas políticas de Rusia. No hay la menor probabilidad que Rusia pase directamente del régimen de los soviets al régimen liberal, burgués y parlamentario. Lo más probable es que uno de los "dictadores del pueblo" adquiera un día bastante poder para imponer a sus compatriotas, por vía de autoridad, un sistema normal de gobierno y administración.

*

* *

Aunque con frecuencia se pretende lo contrario, la monarquía y la dictadura se acomodan a mayor diversidad de condiciones que las repúblicas y las democracias, porque la monarquía y la dictadura contienen en sí mismas su principal fuerza y no la reciben de afuera.

Se concibe muy bien que un pueblo, deseoso de salvar su trabajo y sus bienes, de extenderse o defenderse, acuda a los métodos gubernamentales de autoridad, cualquiera que sea, por lo demás, en ese pueblo el régimen de la propiedad, la organización económica y la jerarquía de las clases. Sólo variará la justificación del procedimiento autoritario.

Es lo que explica que se encuentren monarquías o dictaduras en todas partes, en Europa, en Africa, en América, en Asia—aun bajo el nombre de "república"—y que las verdaderas repúblicas sean muy poco numerosas, muy localizadas, no asemejándose sino por el título.

* * *

La república liberal—que no debe confundirse, como ha sucedido a menudo, con la república alternativamente aristocrática y dictatorial de los romanos, o con las oligarquías municipales del tipo mediterráneo—es, de todos los regímenes, el más agradable y el más frágil. Este régimen no puede durar si no existe una estabilidad relativa de las relaciones sociales y de las condiciones económicas. Excluye la fuerza y la pasión. Supone un equilibrio sometido a la razón y un perfeccionamiento que aumenta con la instrucción pública. Descarta, pues, la hipótesis de las necesidades o de los accidentes, que harían nacer pasiones más fuertes que la razón. Admite como establecido que el pueblo, por la tranquilidad de su existencia, tendrá siempre los medios y el gusto de desarrollar su racionalidad.

Del mismo modo este régimen debe apoyarse en un estatuto muy sólido de la propiedad. Sin el cual las clases ilustradas, las que guían la razón y la instrucción del pueblo, al perder sus riquezas, estarían expuestas a perder su magisterio.

La república democrática e igualitaria, para durar, exige condiciones un poco diferentes, que tampoco son fáciles de mantener. Le es necesario principalmente la seguridad exterior y un territorio rico.

En su comportamiento internacional, este régimen sufre de indisciplina, versatilidad e imprevisión, que engendran fa-

talmente las reivindicaciones igualitarias. Si no está al abrigo de una agresión, se le verá oscilar sin cesar, de la demagogía al nacionalismo. En el interior, la lucha igualitaria turba el trabajo y la producción de las riquezas: si las riquezas naturales no suplen al déficit, el pueblo se empobrecerá y caerá por debajo de sus concurrentes.

En realidad, el mundo no ha conocido hasta ahora sino dos repúblicas democráticas que hayan resistido al tiempo: la República de los Estados Unidos, prodigiosamente dotada de riquezas y libre de toda amenaza, y la República Francesa, igualmente rica, pero que ha debido infringir el dogma igualitario para defenderse contra el invasor.

* * *

He ahí las condiciones que determinan las formas políticas. Estas condiciones son a la vez muy elementales y muy generales para que la amplitud nueva de los grupos humanos les cambie algo.

Pero si las formas políticas, dentro de tales condiciones, no pueden ser diferentes hoy día de lo que han sido siempre, en revancha, la materia, el objeto y los reflejos de la política son modificados más y más por la intervención de las masas económicas.

EL CONFLICTO ENTRE LA POLITICA Y LA ECONOMIA

Se dice a menudo que "los partidos envejecen". Lo que envejece no es la noción de partido: siempre ha habido partidos, bajo todos los regímenes, y los habrá siempre. Las disputas de las competencias que suscita el poder—real o parlamentario—equilibran en cierto modo la gestión gubernamental.

Cuantos reyes o dictadores, para gobernar mejor, han suscitado entre sus servidores ambiciones rivales! Surge el peligro cuando el cuadro permanente deja de ser bastante fuerte para contener los partidos o cuando los partidos deliberadamente no se cuidan de nada. Entonces estalla la guerra civil... La guerra civil, a decir verdad, evidencia, no el envejecimiento, sino, al contrario, una exacerbación de los partidos. Porque el envejecimiento sería la impotencia o la ineficacia.

Hoy día, coincidencia singular, se registra casi en todas

partes a la vez, en las naciones de raza blanca, el envejecimiento y exacerbación de los partidos. El envejecimiento proviene de que los partidos tradicionales no corresponden, en cuanto a su formación o a su objeto, a las solidaridades nuevas de los intereses. La exacerbación resulta de que los grupos de intereses nuevos se sirven de los viejos partidos, no como intérpretes, sino como instrumentos, y, faltos de fórmulas que traduzcan sus ambiciones presentes, utilizan las pasiones antiguas. Pero las pasiones antiguas no pueden dar más de lo que contienen; su contenido, siendo vetusto, excita todavía para la batalla, pero una vez terminada, se revelan incapaces de toda obra positiva.

¿No pueden los viejos partidos adaptarse a las necesidades nuevas? Lo podrían si tuvieran que hacer, como antes, con una nube de individuos que aglomeraran sus intereses. Pero, hoy día, los intereses no se manifiestan bajo el aspecto individual, se manifiestan en la solidaridad de las masas económicas. Las masas económicas existen autónomas, y desde fuera de los partidos ejercen presión sobre ellos. Los partidos no pueden absorber los intereses y las preocupaciones de las masas, sino confundiéndose con ellas, es decir, abdicando; porque la disciplina artificial y precaria de los partidos será fatalmente dominada, a la larga, por la disciplina de las masas económicas, que es una disciplina de necesidad.

*
* *

La política, en sentido general, comprende dos funciones: el gobierno y la administración. El gobierno: en el exterior, promueve o defiende los intereses nacionales; en el interior, mantiene el equilibrio entre las competencias, y sostiene las fuerzas que son útiles para la colectividad. La administración: resuelve los problemas concretos, según los datos del momento, dándoles una dirección. Es evidente que el ejercicio del gobierno es un arte sometido, en cuanto a los procedimientos, a las leyes eternas. Estas leyes son las de la psicología individual o colectiva. No varían sino en la medida relativamente débil en que el ser humano, por sus instintos y reflejos, sufre la influencia del clima.

Pero el gobierno no es solamente un arte. Para guiar la política exterior y reglar la interna, se necesita sobre todo previsión. La previsión supone el conocimiento del objeto de las realidades inmediatas, de las posibilidades próximas,

en fin, del medio en el sentido más amplio. Objeto, realidades, probabilidades, medio: todo cambia. En nuestro tiempo, los cambios sobrevienen con una amplitud y rapidez desconcertantes, provocados por las fuerzas económicas.

Cuando dos naciones reclaman hoy día el mismo yacimiento de petróleo, los gobiernos no pueden tratar estos asuntos como antes, cuando resolvían en un debate el mantenimiento o cesión de una plaza fuerte. Sufren la presión de intereses que no son los de un individuo o de algunos individuos, sino de masas asociadas a un modo de trabajo y del cual dependen.

La libertad política del negociador, así como su facultad de jugar con compensaciones sentimentales, son de golpe muy reducidas.

Del mismo modo, en otro tiempo, el gobierno, al tomar una medida de administración interna, no consideraba sino las ventajas probables de esta medida para la autoridad pública y para la persona o categoría de ciudadanos directamente afectados. Hoy día, la menor iniciativa pone en juego repercusiones económicas y solidaridades sociales de alcance casi siempre imprevisto, a veces indefinido. Esto es lo que explica que la política interna de los Estados contemporáneos, aún bajo un régimen de dictadura, esté hecha de "titubeaciones" y "arrepentimientos" incesantes.

DESNATURALIZACION PROGRESIVA DEL JUEGO POLITICO.

En todas partes, excepto en las naciones donde el progreso material sigue un ritmo muy lento, se ve ciertas solidaridades de orden económico, completas o parciales, útiles o abusivas, substituir poco a poco, en la determinación política de las masas, a las querellas doctrinarias de las pasiones tradicionales. La subelitución no aparece siempre a través de los votos populares. Pero sería grave error creer que el episodio del voto comanda la orientación profundamente en los países donde el voto no interviene sino en fechas especiadas. Mucho más importante que el voto, manifestación efímera, es la presión cuotidiana y continua de los grupos de interese solidarios.

*
* *

El voto — ¡así sobreviven los viejos partidos! — procura al elector el medio de "recompensar" o de "castigar" tales o cuales personas, de ejercer, con respecto al político mucho más que de la política, una especie de corrección que satisface el amor propio de los ciudadanos y al que no se les haría renunciar. Este elemento personal conserva a los procedimientos electorales la atracción que todos pueden ver. Elemento personal que engloba lo mismo varias personas— un comité, un grupo—que una sola, y en el que se inspira constantemente la elección del elector. Todos los sistemas de elecciones con los cuales se ha ensayado separar el programa de la persona del candidato, han fracasado. Cuando hay "lista", es siempre la popularidad o la impopularidad de tal o cual nombre quien fija la suerte de la lista entera.

Si en el voto, **juego cívico y operación efímera**, el ciudadano considera principalmente el aspecto personal o parcial de la opinión por emitir, en desquite, en lo que se refiere a la práctica gubernamental, las masas no se preocuparán sino de sus intereses materiales e inmediatos. Las pasiones, la simpatía o antipatía personal dominan la elección. Una vez realizada la elección, el prestigio del elegido dependerá de su manera de responder, según las circunstancias, a las exigencias variables y siempre concretas de la masa.

Por antipatía personal a un patrón, tal masa obrera y de pequeños comerciantes, elegirá revolucionarios. Pero si los revolucionarios elegidos intentan experiencias que perturben el trabajo y paralicen el comercio, se estrellarán, mucho tiempo antes del retorno de las elecciones, con una resistencia tal que se verán obligados a ceder o recurrir a métodos dictatoriales. La dictadura no duraría, como se comprende, si no se apoya a su vez sobre grupos de intereses. En uno u otro caso, el predominio de ciertos intereses y no la adhesión a las doctrinas, hará la ley política.

En sentido contrario, la masa podía elegir conservadores que lleven el más severo programa de reformas. Desde que una reforma, por justa que sea, hiera los intereses inmediatos de esta masa, los "conservadores", como los avanzados, no tendrán otras salidas que la abdicación, la dictadura o la demagogía. Esto es extensivo a las masas católicas y conservadoras como a las revolucionarias.

En resumen, el juego electoral, intervención pasajera de los partidarismos tradicionales y personales del ciudadano, influye mucho menos sobre el gobierno efectivo que la pre-

sión continua de los grupos de intereses organizados solidariamente en masas económicas.

¿Será necesario deducir que, finalmente, el voto no traducirá sino la suma abstracta de los intereses agrupados? No lo creemos. Mientras haya voto, el voto consistirá en designar personas; las preferencias sentimentales y las pasiones decidirán entre las personas.

No es probable que la luchas de personas desaparezcan alguna vez de la política. Por el contrario, es probable que las personas deban más y más, para obtener el sufragio popular, adherir a las exigencias económicas de las masas, como, cada vez más, estas mismas exigencias, impondrán a los gobiernos preocupaciones y cálculos nuevos.

Esto no suprimirá el juego político, sino que modificará la naturaleza para los simples elegidos y para los gobernantes.

* * *

La historia electoral del socialismo en Europa nos muestra las primeras tentativas de una masa, para hacer del elegido, no el representante autorizado de tal tradición, ni aún hablando en propiedad, el intérprete de tal doctrina, sino el figurante de esta masa, en cuanto masa. Cuando el pueblo de las usinas envía un obrero al Parlamento, sabe que este obrero no posee los conocimientos que le permitan adquirir prestigio y autoridad. En relación con la política, el pueblo hace conscientemente un mal negocio. Lo hace conscientemente para manifestar que, aún en política, las cualidades representativas de la masa importan más que los medios propios del individuo.

Por otra parte, el mismo fenómeno se observa en la burguesía liberal e individualista, quien no elige jamás un patrón o un industrial para que la represente en política. Elige de preferencia al abogado, al profesor, al médico, al antiguo oficial o funcionario, es decir, a un hombre alejado, como ella misma, de las masas económicas. Ante el temor de pre siones de orden económico, demuestra su fuerza.

Al contrario, la burguesía, que posee grandes intereses que explota riquezas públicamente y que dirige una actividad colectiva, elegirá gustosamente sus elegidos entre los patrones, los industriales y los grandes propietarios. Esta, lo mismo que las otras, busca también por instinto una representación de su masa económica.

Aquí aparece un hecho que esclarece toda la evolución del parlamentarismo contemporáneo. Este hecho es el desenso más o menos rápido, de elección en elección, en todos los países, de los grupos políticos que representan la burguesía individualista. Esta burguesía, situada fuera de las masas económicas, vé su campo de acción política reducirse a medida que crecen el volumen y el peso de las masas, con una doble representación parlamentaria, conservadora patronal, de una parte, trabajadora o socialista, de otra.

* * *

El Italia, la dictadura da a esta evolución un carácter impresionante. Mussolini pasa por haber sido tan pronto el intérprete de los obreros como el agente de los industriales. Que haya servido a los unos o a los otros, que haya oscilado de los unos a los otros, no impide que, en uno u otro caso, fuera el representante de las masas económicas contra la burguesía individualista y liberal que había gobernado a Italia durante 50 años. Bajo este aspecto esencial la dictadura mussoliniana coincide con los regímenes que le son aparentemente más opuestos. En Inglaterra, el partido liberal se ha hundido entre los conservadores y los laboristas. En Alemania, las fuerzas liberales casi no son tomadas en cuenta ante los tres grandes partidos: partido nacionalista y conservador, partido de centro y partido socialista, cada uno de los cuales representa masas de intereses determinados o circunscritos. En Francia, país cuya evolución es más lenta, moderada por la influencia de los pequeños agricultores, el fenómeno se presenta con menos nitidez; sin embargo, el liberalismo y el radicalismo francés, amenazados, buscan su salvación entre las masas económicas, el liberalismo del lado de los grupos patronales, el radicalismo del lado de los sindicatos obreros. En los Estados Unidos, el partido "republicano", proteccionista, dueño del poder real, representa las grandes solidaridades e intereses, mientras que el partido demócrata, profundamente dividido, sirve de refugio a los "intelectuales" y a los disidentes.

La tendencia es, pues, universal para hacer predominar las fuerzas económicas sobre el juego político.

* * *

Esta tendencia llega a ser casi irresistible cuando se trata, no ya de partidos o de luchas electorales, sino del gobierno.

Si la burguesía individualista conquista el gobierno, le será imposible resistir a la obsesión de los intereses agrupados en masas solidarias.

De hecho, poco a poco, todas las preocupaciones del gobierno entran en el ciclo de las solidaridades económicas.

¡Las finanzas!... ¿Cómo separan hoy día la previsión financiera de la previsión económica? Los impuestos son tasas por percibir sobre el rendimiento del capital y del trabajo, sobre los cambios y el consumo, sobre la plata, los créditos, la mercadería. Los gastos son subsidios por repartir entre las diversas categorías del instrumental público y los diferentes agentes que provocan, sostienen o controlan la actividad nacional. La moneda es la medida de los precios que puede variar en sí misma, según un pueblo desenvuelva o destruya sus riquezas.

¡Los problemas de la diplomacia! No hay debate diplomático que no tenga una causa o presente un aspecto económico. Cuando una nación reclama territorios, es porque sufre de un exceso de trabajadores o de mercaderías, de una escasez de materias primas, de una dificultad en su actividad. Hoy día, dos Estados que quieren aliarse, comienzan por ajustar sus tarifas de aduanas y por establecer entre ellos un tratado de comercio. En el reparto de las zonas de influencia interviene la preocupación de los "negocios" futuros, de los capitales por colocar, de las compañías, de las empresas, de los grupos de intereses rivales por satisfacer.

¡La defensa nacional! Un ejército no puede ahora nada sin los recursos de la industria.

¡La administración interior! Se trata casi siempre de concurrencia o de rivalidades de intereses, entre las corporaciones, las villas, las regiones, las burocracias. El "comercio" es el árbitro de todos los conflictos políticos. Para el pueblo el precio del pan o del azúcar, en relación con el salario, le interesan mucho más que el nombre del jefe del Estado, o que se inflen o desinflen los bolsillos de sus patrones o rentistas.

ACTITUD DE LAS MASAS ANTE LA POLITICA

Lo que varía y señala, de un país a otro, el grado de evolución de los fenómenos que acabamos de describir, es la manera que adoptan las masas económicas para ejercer presión sobre la política.

En Europa, la masa se ha presentado hasta hoy día artificialmente dividida: de un lado, los capitalistas y dirigentes; del otro, los obreros. En América, al contrario, la masa se presenta casi siempre unida, formando un block, por ejemplo, para el proteccionismo. En otros países, como la España, la masa toma una expresión regional.

*
* *

Conviene decir que en virtud de esta variedad de posición de las masas económicas ante la política, es por lo que ésta conserva una relativa independencia. Cuando, por excepción, los patrones y los obreros, como en los Estados Unidos, votan y obran solidariamente, la política no es sino una sirviente.

¿Llegarán las masas en todas partes a presentar un "frente unido" ante la política y, por consiguiente, a someterla a sus intereses exclusivos?

No cabe duda que en los pueblos fuerte, animados de un espíritu joven, provistos de una moral práctica, amantes del bienestar social, las masas llegarán a ser más coherentes y unidas.

La evolución económica no ofrece ninguna probabilidad durable a la "lucha de clases".

*
* *

Desde hace cien años, los pueblos han incrementado, si no la felicidad, por lo menos la facilidad. Los descubrimientos de la ciencia dieron al hombre riquezas y probabilidades insospechadas. Alrededor de ellas se han formado masas de población, solidarias de las riquezas nuevas, que se han ensanchado con el ritmo de la explotación... Debido a que crecían y prosperaban, sobre todo por la impulsión exterior de la ciencia, las masas pudieron dispensarse de una disciplina demasiado rigurosa.

Pero, pueda ser que un día, la invención y la ciencia, que han favorecido hasta el presente el desarrollo de las masas, obren en sentido contrario por la reducción del empleo de la mano de obra; que cese la intensa creación de probabilidades de trabajo requeridas por las industrias nuevas o países nuevos... Entonces, todos los individuos que forman la masa, viendo que ésta no crece y temiendo que se reduzca, afirmarán su solidaridad contra las nociones de "clases".

Cuando se impone la "lucha por la vida", la "lucha de clases" pierde todo interés.

La "lucha de clases", dividiendo las masas económicas les impide provisoriamente subordinar a la política. Debe de otro modo, esta subordinación es fatal, el día en que la exacerbación de las concurrencias haga sentir a los elementos de cada masa la necesidad de una defensa solidaria.

Entonces la política no comportará ni doctrina preconcebida, ni sentimiento, ni fantasía. Será la traducción exacta de los reflejos de la concurrencia universal.

CAPACIDADES E INCAPACIDADES DE LAS MASAS

Los antiguos liberales preconizaban el acceso colectivo del pueblo a la instrucción por la instrucción, para el ejercicio de un magisterio razonado sobre la política. Era un cálculo abstractamente justo, pero ignorante de las condiciones mismas de la existencia de las masas.

Se comprende fácilmente que un pueblo, seguro de la estabilidad de su trabajo y de su fortuna, no teniendo que defender su actividad vital contra concurrentes demasiado violentos, y dando, por consiguiente, la preeminencia social a los "intelectuales", eleve poco a poco el espíritu de cada ciudadano hasta una clarividencia general. Desgraciadamente, las masas modernas viven en condiciones que las sorprenden del progreso y las invenciones de la concurrencia bastarían para hacer precarias.

Asustadas por riesgos precisos y arrastradas por un movimiento cuya amplitud las sobrepasa, dan cada vez menos importancia social a los "intelectuales", buscan los intérpretes más próximos de sus reivindicaciones o de sus inquietudes inmediatas. Sometidas a convulsiones y "crisis" cuyo origen se les escapa, reaccionan contra su suerte tan pronto con arrebato o lo sufren pasivamente: su previsión no puede alcanzar lo que no disciernen, ni fundarse sobre bases que son inestables. Es necesario, pues, darse cuenta de una vez por todas de lo que son capaces e incapaces en política.

*

* *

Ellas han procurado a la humanidad grandes bienes materiales y morales. Debemos en gran parte a sus preocupaciones exclusivamente o principalmente económicas el retroceso del fanatismo y de la intolerancia. Porque el hombre

ha comprendido que lo importante para él no consistía en imponer a los otros sus prejuicios de cultura, de creencia o de raza, sino en hacer bien las cosas y en probar su valor práctico, y porque sus condiciones de trabajo o de existencia lo han aproximado materialmente a sus semejantes, es por lo que ha sentido lo absurdo de ciertos odios y persecuciones.

Las masas han hecho más por la protección del individuo, por su bienestar y por su dignidad que lo que hubiera hecho el individualismo más liberal. El principio de libertad individual no impide que el individuo aislado no tenga para defenderse sino los medios muy débiles de que dispone aisladamente. En la masa económica, al contrario, el individuo aprovecha de una solidaridad de intereses que es mucho más eficaz que cualquier principio o cualquiera ley.

Las masas han enriquecido la noción de gobierno, humanizado el objeto mismo de la política. Por la presión de sus necesidades, han compelido a los gobiernos a preocuparse, primero de malgrado, del bienestar de la población. El Estado ha llegado a ser el administrador responsable y sin cesar controlado de la prosperidad colectiva, de la cual no podría desinteresarse aunque fuese por un instante.

Las masas contienen maravillosos recursos para el progreso material, no solamente porque pueden producir, sino porque consumen. El consumo del hombre que vive en la emulación de un trabajo y de un bienestar colectivo, es decuplicado, en relación del individuo que vive aislado La producción aumenta y mejora tanto cuanto el consumo le atrae y excita.

Por la densidad y la solidaridad de los esfuerzos que representan las masas han multiplicado el poder del hombre para defenderse contra toda clase de flajelos. Antiguamente, víctimas de epidemias, de inundaciones, de sequías, el hombre perecía pasivo e ignorado: su desgracia no interesaba sino a él mismo y a algunas personas con él. Hoy día, una desgracia de este género estremece tantos intereses solidarios, que la colectividad entera se sobresalta y evita el peligro.

En fin, las masas dan a la civilización una grandeza y una belleza de paralelos: la belleza de una vida de potencias indefinidas, rápida e intensa; la grandeza del número que, para durar, exige una armonía más elástica y más compleja que antes.

*

* *

De lo que son incapaces las masas, por una parte, es de salvaguardiar las fuentes intelectuales y morales que alimentan la energía humana; y por otra, de prever las necesidades del Estado a largo plazo. La tradición, la previsión, o, dicho de otra manera, la alta política, escaparán siempre a la competencia de las masas, en tanto que tales. No porque un individuo en las masas no pueda ser cultivado y previsor, sino porque las masas, por sus aspiraciones colectivas, se inclinan hacia el provecho concreto e inmediato. ¿No se ve a los jefes de los sindicatos en dificultades constantes para armonizar las condiciones generales de duración de su grupo con las exigencias imprevisoras de este mismo grupo?

LA FUERZA DE EQUILIBRIO Y EL FUNCIONAMIENTO DE LA POLITICA

Amenazados por el control creciente que ejercerán las masas económicas sobre la política, la mayor dificultad para los Estados, en el porvenir, será encontrar en ellos mismos o fuera de ellos, fuerzas capaces de sostener una tarea de previsión general y de salvaguardiar las tradiciones necesarias.

Estas fuerzas de equilibrio parecen realmente poco numerosas y de una resistencia variable.

* * *

Se estaría tentando en primer lugar a buscarlas en el viejo individualismo de las profesiones llamadas liberales y de la burguesía independiente. Pero, la burguesía, ¿quedará en adelante independiente de las masas? A medida que los grupos económicos extienden su dominio sobre la sociedad, subordinan las profesiones liberales, que llegan a ser simples auxiliares.

Frente a las anteriores quedan dos fuerzas: una fuerza económica y social de un carácter particular: la de los campesinos; una fuerza intelectual y moral: la de las actividades que se llaman desinteresadas, como la religión, la ciencia, el culto de las ideas, el arte...

En el mundo moderno, los campesinos constituyen, a su manera, una masa económica. Pero esta masa deja una gran libertad a los sentimientos, a las iniciativas y a los reflejos de cada uno de sus miembros. Los contactos en ella son

mucho menos estrechos que en el interior de las otras masas; por consiguiente, las influencias nuevas se propagan con más lentitud y las tradiciones se preservan mejor. Los campesinos, cualquiera que sean sus útiles y los cambios del siglo, deben sufrir en lo esencial de su vida las exigencias inmutables de las estaciones y del suelo. Su compuesto humano varía poco, reserva permanente y original del que se alimentan las masas urbanas. Económicamente, no es una colectividad rigurosa: todo campesino cuida su personalidad, tiene el placer de reflexionar, de calcular, de resistir a las influencias. No sufre la presión constante de lo inmediato. Su comercio con las cosas naturales le confieren el sentido de la duración, como el sentido de lo relativo. Por necesidad es paciente, adherido a largos proyectos. El aislamiento desenvuelve en él la imaginación, pero en relación a un cuadro fijo, a una tierra, a un cantón, a una patria.

En todos los pueblos, el campesino, mientras subsista, jugará un rol capital. No es el **businessman**, es el **farmer**, y su hermano más emprendedor, el **pionner**, que ha creado la sociedad humana. Bajo cien regímenes sucesivos, el **fellah** ha conservado la conciencia del Egipto.

Es necesario que el campesino pueda subsistir materialmente, para que mantenga lo esencial de la tradición...

Los "intelectuales" deben esclarecer y sostener la previsión de las masas. Llamamos "intelectuales" a aquellos para quienes los conocimientos, la ciencia y el esfuerzo tienen un fin más alto que la utilidad inmediata o la satisfacción del egoísmo personal. Se los encuentra en todas las escalas sociales y aún en las masas mismas, a las cuales nada les impide agregarse—y a las cuales diríamos con mucho gusto que deberían agregarse. Humildes o fuertes, son los "aristócratas", **aquellos** para quienes **lo mejor** tiene un valor en sí, sobrepasando los intereses del individuo y del momento...

Una de las superioridades de la Europa son sus pequeñas aldeas, donde vuelven a agruparse los campesinos y los intelectuales, haciendo equilibrio a las grandes ciudades, que dominan las masas económicas. En América, la pequeña ciudad emana de la grande.

*
* *

Conociendo de una parte la presión de las masas y de otra las fuerzas de equilibrio que subsisten, analizaremos el

funcionamiento de la política en lo que respecta a los reflejos constantes y a las exigencias actuales de la humanidad.

Las reglas constantes pueden resumirse como sigue:

Todo desorden social o político, cuando dura algún tiempo, llama en reacción, procedimientos de autoridad. Estos procedimientos son, en principio, la prevalencia del interés del grupo sobre los intereses particulares.

Todas las revoluciones han terminado en una dictadura o en una monarquía, si no ha desaparecido el grupo. Quienquiera que predique la revolución, predica en segundo grado la dictadura. Inversamente, la dictadura supone previamente un desorden.

Los períodos de bienestar y de libertad hacen a los pueblos más exigentes y, por consiguiente, favorecen el espíritu crítico. Darle seguridad y diversiones al pueblo, no es la mejor manera de hacerse popular. Los períodos de bienestar favorecen el espíritu crítico, prestigian las fórmulas parlamentarias. Estos períodos son raros y duran poco. En la mayor parte de los Estados, el parlamentarismo vive en conflicto de hecho o en compromiso con el procedimiento de autoridad.

El valor propio de un régimen es más teórico que práctico. En la práctica depende de los cuadros permanentes, de los consejeros, agentes y sostenenedores del poder: dicho de otro modo, de una "aristocracia". Después de una revolución, lo más difícil de reconstituir son los cuadros. La mayor parte de los regímenes nuevos terminan por recoger los restos de los cuadros antiguos... En relación con las condiciones actuales, tales como resultan del desarrollo de las masas, aparecen reglas más estrechas.

Hoy día, ningún gobierno puede hacer mucho tiempo una política que no tome en cuenta, en primer lugar, las necesidades materiales inmediatas de la población. Antiguamente, un régimen o un gobierno resistía al hambre, al descrédito de la moneda, a la ruina de los particulares y a la cesantía general. En nuestro tiempo, todo esto no sucede. Las dictaduras, en el porvenir, nacerán sobre todo del desorden económico-financiero.

Hoy día es imposible gobernar mucho tiempo las masas bajo pretexto de doctrinas o decisiones achacadas por ellas mismas, si en la práctica sus intereses inmediatos son lesionados.

La inclinación casi exclusiva de las masas hacia sus inte-

reses inmediatos crea, para la política moderna, una dificultad y un peligro sin cesar renovados. La previsión general del Estado,—sufriendo él mismo la presión de las masas,—está siempre en conflicto con las exigencias y las pasiones de estas mismas masas.

La política no podría, pues, llenar su cometido, en el interés superior de las masas, sino apoyándose, para hacer equilibrio, sobre fuerzas que le sean exteriores: los campesinos, cuando son bastante numerosos, los "intelectuales", cuando son dignos de este nombre. En realidad, en la mayor parte de los países, los gobiernos se apoyan sobre la prensa que inspiran. Pero, como los gobiernos cambian a menudo, la inspiración cambia también a menudo. No hay continuidad, luego, cesan los vastos planes y las previsiones generales. Como, por otra parte, la prensa corre el riesgo de caer bajo el control de las fuerzas económicas, lo que es peor, de los especuladores, las salvaguardias son débiles.

En el fondo, la única garantía de clarividencia política que existe en el mundo presente, es la dignidad del escritor. Nadie puede impedir que la prensa se transforme en una industria. Pero ninguna industria puede dar cuenta de la independencia de un escritor, si se respeta a sí mismo y si encuentra, entre sus iguales, un verdadero respeto al pensamiento.

LAS MASAS Y LA POLITICA INTERNACIONAL

La concurrencia entre las masas

Mucho más que los individuos entre ellos, las masas económicas desconfían las unas de las otras, llevadas a excesos brutales, por una concurrencia ya sea calculada o apasionada.

El individuo aislado guarda siempre, más o menos, el sentido de la relatividad de su persona, de su esfuerzo y de sus derechos, en relación a los del conjunto de los otros hombres. Cuando es de buena fe, puede titubear sobre el valor absoluto de sus reivindicaciones particulares, en relación con el interés general.

La masa, al contrario, no duda jamás sobre la justicia de las causas a las cuales asocia sus temores, sus ambiciones o sus pasiones. Formada de solidaridades colectivas que se sostienen mutuamente, tiene la ilusión de ser un todo completo, y agrupando un gran número de hombres, juzga legítimo con-

fundir sus aspiraciones y sus necesidades con el bien de la humanidad.

Las masas aportan, en las relaciones de Estado a Estado exigencias de un rigor, de una constancia y de un volumen singularmente peligrosos para la paz. Antiguamente, las divisiones de los Estados consistían sobre todo en disentimientos históricos, querellas de fronteras o rivalidades militares que las circunstancias aminoraban o hacían renacer a intervalos bastante largos. La diplomacia y la guerra arreglaban los "incidentes". Hoy día los "incidentes" parecen secundarios ante el conflicto permanente que se deriva del hecho que, cada día, en cada nación, el trabajo de cada individuo hace concurrencia al trabajo de otro individuo, en otra nación. La concurrencia económica sobreexcita todas las formas de nacionalismo y tiende a absorberlo.

Dipuestas así las cosas, la noción misma de potencia cambia de objeto. En adelante, no se podría concebir la potencia de otra manera que en relación a las satisfacciones que reclaman las masas y en relación a las fuerzas nuevas que para la defensa o la conquista representan estas masas.

En los negocios, se dice, no hay amigos. Ahora, ¡qué decir cuando la concurrencia se juega entre masas anónimas y desaparecen las relaciones propiamente personales!

Desde ese momento la ley de la ganancia pierde toda reserva y todo escrúpulo . . .

En el fondo, uno de los grandes hechos de la economía moderna, es que el trabajo, demasiado especializado, excluyendo la iniciativa de la personalidad, carece de alegría; no vale sino por la ganancia que procura, y, así, somete al hombre a la exclusiva preocupación de la ganancia.

Las masas están formadas de familias e individuos que lo más a menudo, han abandonado sus anteriores modos de vida, para participar en la explotación de una riqueza. Estos individuos han sacrificado afecciones y libertades a las cuales el hombre está adherido naturalmente. Todos han aceptado la existencia de un ritmo obligatorio, imperativo, brutal que no difiere de los trabajos forzados, sino por la ganancia.

De donde se deriva esta primera consecuencia, que el patrón como el obrero, el obrero como el patrón, aspiran a compensaciones crecientes, a una ganancia más y más elevada. Yesta otra consecuencia, que los conflictos sociales desde cien años, no han tenido otra causa que la distribución de la utilidad—lucha incesante entre el beneficio y el salario

Pero, a medida que los miembros de una misma masa toman consistencia más neta de la solidaridad que los liga, la masa, en lugar de dividirse, dirige su desconfianza hacia el exterior.

La economía moderna asocia ineluctablemente la compulsión del trabajo y la embriaguez de la ganancia. Desde que la embriaguez cesa, la compulsión se hace insoportable; desde que la ganancia disminuye, la masa se considera víctima de una injusticia irritante, de una agresión.

Uno de los efectos del trabajo mecánico es de abolir, en el hombre, y sobre todo en el hombre agregado a una masa, el sentido de las alternativas de las faces de fortuna e infortunio, porque la máquina evoluciona siempre más rápido y más fácilmente, el hombre cree en el progreso indefinido y en el crecimiento ininterrumpido de la ganancia. Los períodos de "boom" (*) crean en las masas una especie de hipnosis que suprime las preocupaciones del riesgo.

Pero si la mecánica contiene su ritmo o rechina, instantáneamente la humanidad experimenta una obscura y atenazante angustia, la angustia del jugador que ha jugado a la mala carta. No se necesita mucho, entonces, para que esta angustia determine reflejos cínicos y terribles.

La concurrencia entre tales y tales masas, puede ser permanente o circunstancial.

A fin de garantir la continuidad de su ritmo vital, que implica un nivel siempre igual o creciente de beneficios y de salarios, las masas tienen necesidad de asegurarse riquezas naturales, medios de producción y de venta. Para ellas, las bases permanentes de éxito son el dominio de las fuentes de las materias primas, la supremacía del instrumental, la capacidad de expansión sobre el mayor número de mercados.

En otra época, se disputaban los territorios por razones que interesaban a los Estados: políticas, estratégicas, financieras, naturales...

Hoy día, no es el interés propio del Estado; es el interés de tal o cual masa, de la cual el Estado es el agente, quien decide de la importancia de un territorio.

(*) Prosperidad repentina, actividad, agitación, etc.

CARLOS MARX

Por R. WILBRANDT, Prof. de Economía Política en la Universidad de Tubinga.

Carlos Marx nace el 5 de Mayo de 1818. Ni demasiado tarde ni demasiado pronto: en el momento preciso para que pudiese respirar en la impresionable juventud el espíritu revolucionario que precede al 48; tomar parte en la lucha cumplidos los treinta años, y mantenerse luego a lo largo de toda su vida como revolucionario cada día más ardiente y director del movimiento creado por él. Fué su ciudad natal Tréveris, país renano incorporado a los dominios de Prusia. La revolución del 89 había removido esos territorios cuando pertenecían a Francia. Su casa paterna era la de un abogado judío, fiel al espíritu del siglo XVIII. Su padre, devoto de Voltaire y Leibnitz, "se sabía de memoria las obras de Rousseau, Locke y Lessing" y hallábase espiritualmente influído por el espíritu liberal del siglo de las luces. Políticamente, sin embargo, su ideología era la de un patriota conservador, buen amante de Prusia y monárquico.

En Berlín traba las primeras relaciones amistosas con algunos doctores y profesores ya maduros, que le inician en la filosofía de Hegel. Es aquí donde conoce a Bruno Bauer, de quien hubo de apartarse más tarde, inevitablemente, al sobreponerse al ideario común. Neohegelianos radicales, los dos, ambos aspiraban al profesorado: Bauer a una cátedra de Teología; Marx, a otra de Filosofía. Las doctrinas teológicas de Bauer, impregnadas de un fuerte sentido liberal no podían ser gratas a la Universidad en esta época, y aunque llega a ser docente libre en Bonn, pierde el 1841 la **venia legendi**. Marx pudo ver bien claro, en este ejemplo, cuán irrealizable era su propósito de seguir la carrera académica. El nombramiento de un ministro de enseñanza marcadamente reaccionario, bajo Federico Guillermo IV le decide a cambiar definitivamente el rumbo de su vida. El cambio, sin embargo, no afecta a la esencia de su vocación, pues Marx, gran profesor por naturaleza a la par que revolucionario, sin bajo traba de los deberes profesionales, a despecho de todo y sostenido por el noble espíritu de sacrificio de su mujer y

por una amistad admirable, ahonda como nadie en los grandes problemas, revolucionando la ciencia aún más, si cabe, que la vida.

Entretanto, entregado cada vez más de lleno a los estudios que le apasionaban y más doctrinal que práctico por temperamento, el momento de la promoción doctoral iba dilatándose. Bauer, su amigo, le llama ahora, como antes su padre, hacia el deber apremiante de la graduación. Y él es también quien le adoctrina sobre la forma correcta en que debe dirigirse a un editor quien aspire a la publicación de un trabajo, pues "para ganarse la voluntad de tales personas hay que usar otras formas que para tratar con la lavandera". Este rasgo es muy característico del modo de ser de Carlos Marx, el cual no había nacido, ciertamente, para diplomático.

Por fin, en la primavera de 1841, alcanza el grado de doctor en Filosofía.

El ejemplo de Bruno Bauer ponía de manifiesto bien a las claras la barrera que habían de alzarle sus ideas radicales en el camino del profesorado. Tomado por la senda del periodismo, Marx colabora en los **Anales Alemanes**, que dirige Arnold Ruge. Pero también aquí se alzaba ante su rebeldía una barrera: el censor. La primera acción política de su vida es una campaña contra la censura. Poco tiempo después entra de colaborador en la **Gaceta del Rhin**, periódico fundado por la burguesía radical de las provincias renanas, y a los veinticuatro años, en el otoño de 1842, es nombrado redactor-jefe. A partir de ese instante comienza a revelarse en brillantes artículos toda la riqueza interior, avaramente acumulada durante los años estudiantiles, el fruto de sus estudios desordenados y en apariencia estériles. Parafraseando agudamente y con verbo poético aquella frase de Hegel: "la esencia del espíritu es la libertad", inicia en estos términos su campaña por la libertad de Prensa: "Admiráis la deslumbradora variedad y la riqueza inagotable de la Naturaleza: no exigís que el aroma de la violeta sea igual al de la rosa, ¿y queréis aprisionar en vuestros moldes lo más rico y vario, que es el espíritu?" La censura, cada día más severa, irritada por sus artículos, llega a amenazar con la supresión del periódico, y, para salvarle, Marx no tiene más remedio que abandonar la redacción a principios de 1843, sin que este sacrificio bastase para conjurar aquel peligro.

Tras esta experiencia, Marx sale al extranjero, en busca

de aire más libre, y se instala en París, capital del espíritu universal y patria propia de quien, como él, venía de un país fronterizo. En París emprende, con Arnold Ruge, la publicación de los **Anales franco-alemanes**, y se entrega al gran afán que le llevaba allí, que era el estudio del socialismo. Lorenzo de Stein acababa de publicar su obra sobre "El socialismo y comunismo en la Francia moderna". Ya en la "Gaceta del Rhin", Marx había tenido que escribir sobre estos temas, y desde entonces sentía la comezón de estudiarlos a fondo. La miseria y la injusticia de la organización social no podían escapar a su aguda mirada. Las experiencias satíricamente reflejadas en sus artículos sobre los robos de leñas y la miseria de los vendimiadores del Rhin, a despecho de los discursos parlamentarios, le ayudan a escudriñar la trama sofística de los intereses y las ideologías de clase. Estas experiencias eran las que había de ahondar y analizar seriamente ahora.

Cuando ya, en el verano de 1843, se traslada con su mujer a París. De este mismo año data su trato espiritual con Enrique Heine, a cuyo lado pasa días enteros, ayudándole a pulir sus poesías; sus relaciones con Bakunin, el anarquista ruso; con Proudhon, el fustigador francés de la propiedad, y con otros espíritus revolucionarios en la obra común de los **Anales franco-alemanes**, dirigidos por Marx y Ruge. Mas de esta publicación sólo un número ve la luz, con dos artículos de Marx: la introducción a una crítica de la Filosofía del Derecho, de Hengel, y una aportación al "problema judío"; y, al lado de ellos, un trabajo con el título de "Trazos para una crítica de la Economía Política", de que es autor Federico Engels, un joven alemán residente en Inglaterra.

Y así comienza esa amistad admirable de toda una vida. Marx no tarda en romper con Arnold Ruge, arrastrado por el giro socialista de su política y decepcionado por el carácter de su antiguo colaborador. Su polémica con Proudhon revela la oposición fundamental de criterio entre los dos escritores, que en Marx toma proporciones literarias demoledoras. Ante Bakunín adopta más tarde un antagonismo irreductible, y se aparta asimismo de Cabet, asqueado de su utopismo y de su incapacidad para todo esfuerzo práctico. Sólo le queda Engels, en quien encuentra, al lado de su mujer, el amigo que necesitaba, ese amigo que ha de colaborar con él la vida entera en la más estrecha compenetración.

Engels, entusiasta y juvenil, pero dotado de una profun-

da sensibilidad, era hijo de un fabricante de Barm, pietista severo. Entra de muchacho como empleado en una fábrica de Mánchester, en que su padre tiene participación. Y desde esta fábrica ve el panorama de Inglaterra y vive la vida del capitalista moderno y la vida del proletariado. Esta experiencia hace de él un colaborador precioso para Marx, el ojo a través del cual ve éste la **realidad**. Aficionado a la Filosofía, que cultiva en sus horas de ocio, y adepto al neohegelianismo como Marx, su formación es, sin embargo, menos profunda, su estilo más ligero y fácil, más accesible, muy adecuado para vulgarizar la forma difícil y árida de aquél. Las experiencias adquiridas en los negocios de la fábrica de su padre hacen de él, además, un magnífico conocedor de la práctica industrial manchesteriana. Su libro sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, publicado en 1845, es una imagen vibrante de la miseria en la nación más rica del mundo. Pronto los esfuerzos de ambos amigos van a unirse en el empeño de librar al mundo de esta ignominia.

Desterrado de París por sus ataques contra el Gobierno, Marx se traslada con su mujer y sus hijos a Bruselas, donde pasa tres años, hasta que "la zarpa de Prusia" logra arrojarle también de aquí; en Bruselas se le une Engels, y juntos maduran sus ideas y proyectos.

En Bélgica entra en contacto con el movimiento obrero radical, conocido con el nombre de "comunismo", que era el término por entonces en boga. Los años de Bruselas—interrumpidos por un viaje que los dos amigos hacen juntos a Inglaterra y que Marx aprovecha, no tanto para traer una visión de la realidad viva de este país, como para orientarse en la Economía política inglesa—echan los cimientos para la la labor política futura y aseguran el papel magnífico de conductores que a los dos les estaba reservado. Aquí es donde ve la luz el **Manifiesto comunista**, expresión de su punto de vista común: el materialismo histórico. Y aquí también donde Marx empieza a divulgar ,en círculos obreros radicales, los problemas de la Economía política, con los que va sintiéndose familiarizado.

La sacudida del año 48 le abre de nuevo las puertas de Alemania, adonde acude para ponerse al frente de la **Nueva Gaceta del Rhin** y luchar desde el periódico por la causa de la revolución. Hasta que, en 1849, se decreta su suspensión definitiva.

Es esta la hora decisiva en la vida de Marx. Procesado e

por el tribunal de Colonia, se defiende ante el jurado con un discurso formidable, más no con la hábil esgrima de un Lassalle; su defensa es la serena aplicación de la doctrina del materialismo histórico a los sucesos políticos de 1848. Y es absuelto... pero desterrado. Para expulsarle, se le niega caprichosamente la ciudadanía prusiana, que no había perdido en la emigración.

Lo último que podía salvar era la honra. Con la misma ausencia de "sensatez" que preside toda su vida, liquida, sin adjudicarse honorario alguno—como si no tuviese mujer y tres niños—todos los atrasos del periódico: deudas, honorarios, jornales, invirtiendo en ello la dote de su mujer y algunos bienes heredados.

Arrojado de Prusia y más tarde de París, se dirige a Londres. Y así comienza una nueva etapa de su vida. Toda ella había de ser, sin embargo, el hombre del 48, el rebelde apaleado, pero no vencido.

En Londres le aguardan todas las miserias reservadas a la vida del proscrito. Sin separarse de la "fiel Lenchen"—una pobre criatura recogida de niña por los Westfalias,—se establece, como tantos otros, con su familia en la populosa ciudad del Támesis, donde ha de experimentar en sí propio y en los suyos toda la pobreza que tan bien sienta en la vida de los demás. Sin el heroísmo admirable de su mujer, ¡quién sabe si el luchador, solo, desamparado, perplejo, no se habría visto tentado a salir de tanta miseria con el sacrificio de la obra de su vida!

Marx no se daba por vencido, como el movimiento del 48, aunque a veces lo pareciese, en momentos fugaces de desaliento. El proletariado—proletario él mismo ahora, en Londres—es su camarada de combate y su firme esperanza del porvenir. Hay una hermosa carta suya, de esta época, y páginas conmovedoras del diario de su mujer, que pintan su estado de espíritu (v. **Spargo**, págs. 166 ss.) "Ni un momento—dice su mujer,—ni aún en las horas más sombrías flaquea en él la fe en el futuro ni se le nubla su buen humor. Por entonces, le vive todavía el hijo. Mas los niños se le fueron muriendo en la miseria, sin cuna ni ataúd: tal era su penuria. Y Marx era, según palabras de una de sus hijas, "el más bondadoso y el mejor de los padres del mundo: no había en él nada de severidad paterna ni de espíritu autoritario." Risueño, afectuoso, acaso un poco vehemente, pero nunca áspero ni malhumorado, por mucho que el trabajo le

agobiase, los niños tenían en él siempre un amigo y un camarada para sus juegos, lo mismo los propios que los extraños, a quienes entregaba alegremente su tiempo y su dinero, que él tanto necesitaba. Los recuerdos de Guillermo Liebknecht lo pintan plásticamente, dispuesto siempre a intervenir en auxilio del débil con una gran vehemencia y hasta a riesgo, muchas veces, de verse malparado.

Todos sus ingresos—que no fué pequeña fortuna conseguir—eran los que le procuraba la colaboración para un periódico americano. Cuando más, un jornal de obrero. Y eso era, en realidad: un obrero a domicilio, puesto al servicio de la empresa periodística, a la que debía enviar todas las semanas, desde su cuartucho londinense, un artículo mal pagado, y al servicio de toda laya de editores que sabían explotar tan bien como el periódico su delicadeza y su necesidad. Y menos mal si los artículos escritos no quedaban inéditos sobre la mesa y toda la familia hundida en una crónica penuria. Marx, en medio de sus privaciones, jamás acepta un trabajo que pudiese valerle dinero a espaldas de las convicciones de su vida; de las asociaciones obreras nunca quiso recibir un céntimo... Su orgullo, su delicadeza, no conocían la transacción.

La familia de Marx, de descendencia aristocrática y hábitos burgueses, no se aviene fácilmente a las obligadas estrecheces del proletariado. Sale de un apuro para entrar en otro; acostumbrada a otra vida, no se da cuenta de la situación; Marx regala lo que no tiene; los acreedores apremian, pero la generosa ayuda de Engels no falta nunca. Marx fuma del peor tabaco, pasa las noches en claro trabajando, acosado por las privaciones. Y la salud flaquea, y con la salud el trabajo creador; su magnífica obra queda sin terminar.

Y, sin embargo, casi puede asegurarse que, sin el destierro que le proscribe al cuarto de estudio, no se hubiera revelado en Marx el formidable economista que llevaba dentro. Al cerrársele su profesión como puesto y medio de vida, pone al servicio de la **ciencia** su gran pasión de trabajo. Lo que para el revolucionario es impotencia, es tiempo y sosiego para el investigador. En el retraimiento del **British Museum** estudia con ardor inconcebible, como en Berlín durante sus años universitarios. Se abisma en los sistemas de todos los economistas clásicos, persigue las relaciones del Parlamento inglés sobre cuanto, de cerca o de lejos, afecta al mundo obrero, y desde su mesa de trabajo, el proscrito atalaya to-

dos los horizontes de la política mundial, forja su historia y su teoría, y así se van formando los frutos sazonados de su obra.

En 1859 aparece su primera monografía: **Crítica de la Economía Política**; en 1867, el primer tomo de **El Capital**. Habían de pasar treinta años hasta que viese la luz, por supuesto del amigo, el tomo tercero, con el remate de la obra y en él la clave para su inteligencia. Marx deja escritas las líneas fundamentales, pero no alcanza a desarrollarlas sistemáticamente.

Jamás hombre alguno permanece más fiel que éste a la idea con cada fibra de su naturaleza apasionada. Pero esa misma pasión fogosa le arrastra de un problema a otro, de un a otra batalla. Encendido siempre de entusiasmo, como en sus años juveniles, por el afán a que se entrega, no mira jamás que éste sea práctico o provechoso para sus fines de política o de ciencia. Y así van saliendo de su pluma páginas admirables, inflamadas de pasión; los tesoros de su espíritu se enriquecen y aquilatan, pero el tiempo vuela y las fuerzas faltan. A los cincuenta años, Marx aprende el ruso para poder informarse directamente de revelaciones de aquel país no propagadas; lee todos los idiomas europeos, escribe el francés y el inglés con la misma soltura que su alemán nativo y es en todas las literaturas un literato y un erudito de primera fuerza. Y su cultura, inmensa en todos los campos, es soberano dominio en la historia de la Economía y de las doctrinas de los economistas clásicos. Mas, gastadas sus fuerzas, Marx tiene que dejar incompleta su misión más sagrada: la obra a que había consagrado su vida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Imp. "Carnet Social". — Morandé 636, Santiago

Editorial "Problemas"

Los "CUADERNOS INTERNACIONALES" se venden en las Librerías, Escuelas Universitarias, Sindicatos, y en diversos puestos de diarios. Aparecen los VIERNES

Precio único: 60 centavos cada ejemplar.

Para referencias y suscripciones, dirigirse a

GREGORIO GUERRA, Casilla 2469, Santiago.

En circulación:

N.o 1 "*Stalin y el Régimen Capitalista*", por Georges Valois

N.o 2 "*La Querella de las Generaciones*", por Pierre Dominique

N.o 3 "*La Racionalización Marxista*", por Sammy Béracha

N.o 4 "*El Sindicalismo de los Técnicos*", por Gastón Sauvebois.

N.o 5 "*El Plan Quinquenal y la Crisis Mundial*", por Roger Frans

N.o 6 "*La Quiebra del Fascismo*", por Pietro Nenny

N.o 7 "*El Plan Hoover y la Crisis Alemana*", por John Barbell

N.o 8 "*El Oro y la Crisis Mundial*", por Jorge Soris

N.o 9 "*Las Masas y la Política*", por Lucien Romier

Los Cuadernos N.os 1, 2 y 3 agotados.

En Prensa, *2.a Edición* del N.o 1.

Los Cuadernos agotados, más los que estén por agotarse, serán reimpresos.

Editorial **Problemas**

Administración: Gregorio Guerra.—Casilla 2469, Santiago